

EL ULTIMO PIO BAROJA

(En torno al libro de Gómez Santos)

Por José María Martínez Cachero

No día a día, con Baroja, ha conversado con él y ha tomado buena nota de sus dichos, le ha observado minuciosa y cariñosamente; y le ha leído no poco. Luego, otro día, en el silencio del cuarto de trabajo o sobre la mesa de un solitario café, se ha puesto a contar, a contarnos.

Cuenta muy "barojianamente" y muy fielmente. Es éste —me parece— el mejor libro de Gómez Santos, aunque acaso no el más interesante (más interesante resultaba aquel re-vuelto "Clarín" de 1952). Marino ha hecho de Eckermann de un Goethe—Baroja—ya de trépiteo y repitiéndose; su juventud impetuosa no ha tenido suerte y ha coincidido con el apagamiento del independiente y glorioso novelista. Muchas horas de charla y no obstante ¡qué penuria de cosas que referir! Por eso hubo que echar mano de recortes de prensa—una torpe selección de artículos sobre Baroja—y de pormenores eruditos a la hora de conseguir un volumen que sobrepasase las doscientas páginas. Lo que importa del libro, sin embargo, es obra de la pluma de Marino.

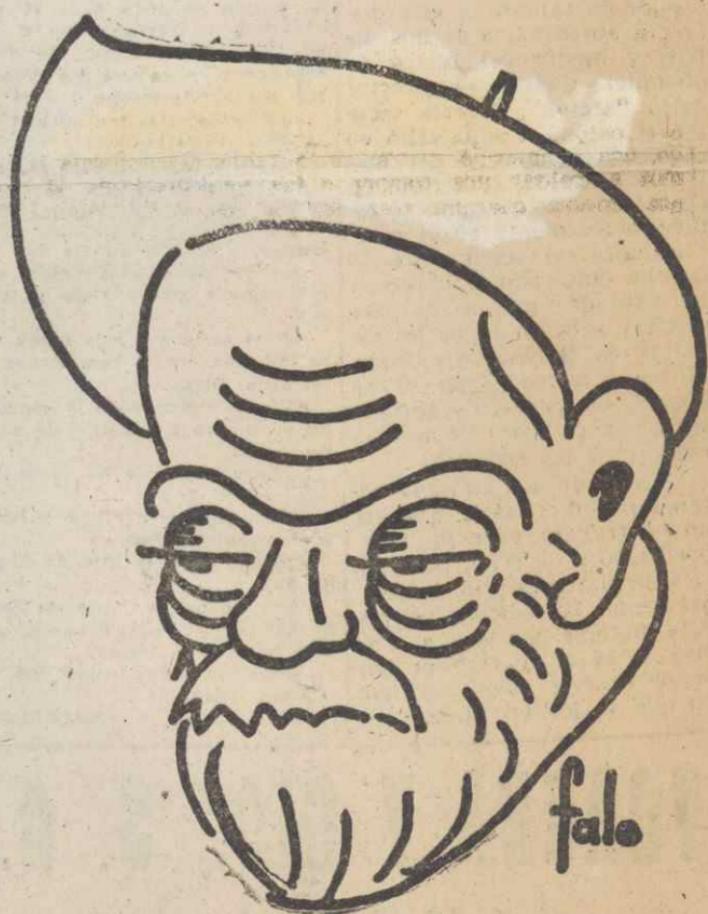
No volveremos ya al 12 de Ruiz de Alarcón a estrechar la afectuosa mano del escritor, a oírle divertidas afirmaciones que uno deseaba contradecir y nunca contradecía; a conocerle sin leyenda y sin máscara, mínimo y dulce Pio Baroja Nessi.

Esto me sucedió una tarde de enero de 1955 (creo que era domingo y día 31); mi primera y postrera visita al insigne escritor; Marino Gómez Santos, tan fervoroso suyo, tan dilecto a don Pio, me acompañaba.

Pasillo adelante penetramos en una amplia sala de estar. Hacía bastante frío y el novelista se acurrucó en un sillón, tapadas sus piernas por una espesa manta, la típica boina vasca cubriendo la cabeza. Y empezamos a charlar.

Claro que era él quien llevaba la voz cantante. Decuando en cuando intervenía Marino para ayudar la débil memoria del octogenario egregio o para tirarle de la lengua un poquito más. Yo—gran silencioso—callaba.

Creo que Baroja dijo aquella tarde—de seis a ocho duró aproximadamente la visita—las cosas de siempre: las de todos estos sus días crepusculares. Salieron en pintoresco desorden extremos como Paris, al folletín literario, los norteamericanos de hoy, la censura, su trabajo de más de medio siglo; única novedad temática: el estreno la noche anterior en un local de la Gran Vía, de la versión cinematográfica de "Zalacain el aventurero". A momentos don Pio irritaba sus palabras, hasta las desvergonzaba un tanto; a otros momentos—los que más—, la evocación emocionada parecía transirlas de ternura.



Nada más fácilmente hacedero que una visita a don Pio. Ni llamadas telefónicas previas, ni tarjetas de visita, ni presentaciones de amigos comunes; bastaba llegar al número 12 de la calle Ruiz de Alarcón, subir unas cuantas escaleras, llamar a la puerta. A veces abría Julio Caro, el sabio sobrino, o cualquier íntimo de la casa; pero en ocasiones era el mismo Baroja, quien sorprendía con su presencia al joven o maduro, provinciano o extranjero visitante y afectuosamente invitaba a pasar.

Sali diciéndole a Marino que el Pio Baroja que yo acababa de ver y oír era harto distinto, diametralmente opuesto casi al de la leyenda: el hombre hosco, huraño, hispido, hirsuto, y etc. Leyenda, sí, pero también máscara. añadió Gómez Santos. Y se puso a contarme el libro que ya traía entre manos: el que lleva vendiéndose hace meses.

Se titula "Baroja y su máscara" y tiene por objeto ponerlos en cálido contacto con su protagonista tal como éste es. Durante larga temporada el autor del libro ha convivido

"La Nueva España
11 Nov. 56